

DE LA VIOLENCIA Y EL DESAMOR AL ENCUENTRO DE OTRAS
POSIBILIDADES EN LA SEXUALIDAD FEMENINA
Un Estudio con Mujeres de la Zona Oriente
de la Ciudad de México

Elsa S. Guevara Ruiseñor

INTRODUCCIÓN

La problemática presente en el terreno de la salud ha reactivado la reflexión en torno a la sexualidad no sólo por las implicaciones que tiene respecto al proceso salud-enfermedad en sentido estrictamente sanitario, sino por lo que representa en cuanto a la creación o transformación de la vida cotidiana y los proyectos de vida en todos los espacios sociales.

La era del SIDA, como afirma Jeffrey Weeks (1995), nos ha obligado a plantear nuevas formas de relación humana pues al desmoronarse los patrones establecidos y las antiguas certezas, nos hemos visto obligadas/os a buscar otros referentes especialmente en la esfera de la intimidad, el amor y el erotismo. La relación de pareja, los espacios domésticos y los arreglos familiares como elemento definitorio de la esfera de la intimidad han sido redefinidos, ampliados y diversificados.

En este contexto, la sexualidad y el amor adquieren otro sentido, pues si bien por un lado como plantea Weeks se vuelven más una cuestión de elección personal y de construcción del yo; un modo de comunicación más que una verdad eterna, por el otro, son fuente de fuertes cuestionamientos en tanto mecanismos que promueven y refuerzan la inequidad genérica. Como afirma Amorós (1985) el amor y la familia son producto de relaciones de poder asimétricas que la propia ideología del amor pretende disimular y ninguno de los dos parecen estar hechos para la emancipación de la mujer ni para la construcción de una sociedad de individuos.

Incuestionablemente, el amor y la sexualidad son campos de definiciones

genéricas, de contradicciones, conflictos y confrontaciones en diversos planos que suponen limitaciones, imposiciones o condiciones de posibilidad que no pueden omitirse. Si bien la cuestión de la sexualidad no se encuentra amarrada inevitablemente a la subordinación de las mujeres, no se pueden ignorar las dimensiones simbólicas y estructurales que por un lado frenan la creación de una sexualidad autoafirmativa en las mujeres, y por la otra, justifican y promueven las relaciones de poder en el plano cultural e interpersonal entre varones y mujeres.

El género, como un modelo de organización social que traduce en desigualdad la diferencia sexual, supone como dice Scott (1990) un campo primario de relaciones de poder constituido por los sistemas simbólicos, las estructuras normativas, las organizaciones e instituciones sociales, así como las identidades individuales y colectivas. La sexualidad a su vez, es una dimensión del orden genérico, una construcción sociocultural desde donde se organizan los significados y formas de relación social en torno a la reproducción, el erotismo y los vínculos afectivos de las personas en tanto varones o mujeres. La sexualidad se construye sobre un cuerpo, un universo de valores, creencias y prácticas sociales en torno a los significados de la masculinidad-feminidad. Así, las imágenes de pecado, violencia, poder, intimidad, encuentro y placer que evoca la sexualidad se define en los espacios relacionales de lo que significa ser hombre y ser mujer, que además supone una experiencia conflictiva, contradictoria y multidimensional.

Esto es importante porque mientras las condiciones sociopolíticas, las luchas del movimiento feminista y otros movimientos sociales han permitido avanzar en ciertos terrenos, en otros existen serios rezagos, especialmente en lo que se refiere al amor y los arreglos en la esfera de la intimidad. Actualmente es ampliamente reconocido que los cambios en otras esferas de la vida no se han correspondido con las transformaciones necesarias en el plano

de la subjetividad. Así, por una parte se ha avanzado en el reconocimiento de los derechos reproductivos, y dentro de ellos, el derecho a disfrutar de una vida sexual sana y placentera pero, por la otra, existen lo que Juan Guillermo Figueroa (1996) llama condiciones de posibilidad y que se refiere al conjunto de relaciones sociales, institucionales, familiares y de pareja que posibilitan o dificultan a una persona específica acceder a mínimos de bienestar y ejercer sus derechos humanos básicos con el fin de poner en práctica su capacidad de transformar el entorno reproductivo que le rodea. De ahí que cuando se habla del derecho a elección en cuanto a la vida íntima y al plano erótico, debemos considerar qué tanto el amor, como una necesidad psicológica básica forma parte de estas condiciones de posibilidad.

Los teóricos del desarrollo psicológico (Maslow, 1954; Spitz, 1977) destacan el papel tan relevante que tiene la satisfacción de necesidades psicológicas como la necesidad de amor, de seguridad y de aceptación en el desarrollo e integridad psíquica de la persona y el importante papel que juega en los procesos de independencia y autonomía (Gilligan, 1987). A su vez, ha sido ampliamente documentado (Eichenbaum y Orbach, 1987; Lagarde, 1995; Seidler, 1995) la forma en que el orden genérico, en el plano material y simbólico troquea la construcción de los vínculos en tanto varones o mujeres. Las formas de sentir y de relacionarse afectivamente responden al entramado cultural del género que se encuentra presente en las doctrinas religiosas, educativas y jurídicas respecto a la pareja y el amor; en todo el universo de representaciones simbólicas evidentes en el lenguaje ("ella se entregó"), en los mitos o ritos y en todos los discursos sobre el amor y la mujer; en las instituciones sociales como la familia (definida como el espacio de los afectos y la intimidad); en las instituciones educativas, de salud y jurídicas en las que se alude al amor como un prerrequisito en la asignación de funciones y responsabilidades sociales a la vez que limita el acceso de las

mujeres a la educación, a la salud y a la defensa de sus derechos.

Las identidades genéricas representan un eje articulador del orden cultural. Ser mujer se inscribe en el ámbito doméstico, en el mundo de los afectos así como en el reconocimiento y aceptación mediante el cuidado y atención de los otros. En los varones, el modelo hegemónico de masculinidad promueve una identidad caracterizada por la restricción a la expresión afectiva directa (salvo ciertas etapas, ciertas condiciones y ciertos tipos de expresión), la separación entre afecto y erotismo, así como formas de valoración y reconocimiento social construida en los espacios públicos. Todo ello configura una identidad individual y colectiva que a su vez se traduce en ciertas formas de relación erótico-afectiva, específicamente en la experiencia de la sexualidad y en la vivencia del vínculo amoroso.

Eichenbaum y Orbach (1987) sostienen la tesis de que la falta de autonomía de las mujeres crece sobre la inadecuada gratificación de sus necesidades afectivas. Es decir, el orden genérico promueve una socialización afectiva en donde las mujeres a la vez que se encargan de atender las necesidades afectivas de los demás, difícilmente pueden esperar que sus necesidades sean atendidas porque la identidad masculina no se construye en torno al cuidado y atención afectiva de los/las demás. Por tanto, el encuentro amoroso difícilmente se establece en términos de relaciones paritarias donde las mujeres puedan acceder a los factores emocionales que requiere, pues como dice Rosa Ma. Roffiel, desde niñas nos enseñaron que los hombres son un premio al que hay que amar sin esperar que ellos nos amen.

De acuerdo con Segal (1995), parte de la herencia cultural como mujeres está construida alrededor de las convenciones y deseos de la narrativa romántica sobre el amor, ella señala que muchos estudios sobre las experiencias sexuales de las mujeres jóvenes insinúan que esta herencia tiene un efecto incapacitante y según investigaciones recientes (Holland, 1991), una

de las principales razones que dan las mujeres jóvenes para permitir que sus parejas masculinas dicten la naturaleza de sus prácticas sexuales, es que definen la sexualidad en términos de amor y romance.

Así las cosas, qué papel juega entonces el amor en la sexualidad de las mujeres como un derecho reproductivo? Si la sexualidad supone un proceso de interacción y negociación entre varones y mujeres qué posibilidades tiene las mujeres de negociar en una relación asimétrica? Cómo afecta esto su vivencia de la sexualidad como un derecho al placer y el goce? De qué manera interviene la gratificación de las necesidades afectivas como condición de posibilidad para la salud sexual de las mujeres?

Con el propósito de responder estas interrogantes se realizó un estudio exploratorio cuyo objetivo consistió en conocer si la gratificación de las necesidades afectivas es una condición de posibilidad en la toma de decisiones de la vida sexual de las mujeres. El estudio se realizó con mujeres residentes de la zona de influencia de la FES-Zaragoza que comprende el Municipio de Netzahualcoyotl y Los Reyes, La Paz, en el Estado de México y la colonia Ejército de Oriente en el D.F.

Esta zona se caracteriza por altos niveles de densidad poblacional, predominio de la actividad informal y se considera una zona con serias limitaciones en cuanto al bienestar y calidad de vida de sus pobladores/as, sin embargo, existe heterogeneidad de sus habitantes en términos de ingreso, educación y antecedentes migratorios. Por ser la zona de influencia de la FES-Zaragoza ahí se ubican las 6 Unidades Multiprofesionales de Atención Integral (UMAIS).

METODOLOGÍA

El estudio se realizó con 200 mujeres asistentes a las UMAIS que acudieron a consulta médica, odontológica o psicológica a quienes se aplicó una entrevista estructurada que permitía obtener información sobre salud reproductiva y dentro de ella se contemplaba la experiencia de su sexualidad, la capacidad de negociación con la pareja, la resolución de los disensos y la vivencia de violencia sexual, así como una Escala de Satisfacción de Necesidades Afectivas (Guevara, 1996) que permite evaluar el grado en que una persona considera que su pareja le proporciona los satisfactores emocionales que necesita. La escala consta de 67 reactivos distribuidos en 6 subescalas que van del 1 menor grado de satisfacción a 10 mayor grado de satisfacción afectiva, de éstas se desglosan los porcentajes de dos subescalas: Erótica y Aspiraciones por considerar que son las más importantes para los fines de este reporte. Las entrevistas y aplicación de la escala las realizó una entrevistadora de la carrera de psicología en un cubículo de la Unidad, en un tiempo de 40 a 90 minutos.

La muestra estaba constituida por mujeres entre 15 y 62 años de edad, heterosexuales, que tenía al menos un hijo; 88% vivía con su pareja y 12% no. Su escolaridad fue la siguiente: 4% sin escolaridad, 37% hasta primaria, 29% secundaria, 29% preparatoria o profesional.

Con el propósito de destacar la relación entre la satisfacción de las necesidades afectivas y la experiencia de su vida sexual, se realizó un corte analítico entre las mujeres de acuerdo al nivel de gratificación de sus necesidades afectivas a fin de evaluar si ésta constituye una condición de posibilidad en el ejercicio de sus derechos reproductivos, considerando los factores socioculturales, subjetivos y relacionales presentes en la sexualidad femenina.

RESULTADOS

El nivel de escolaridad, el inicio de la vida conyugal y el número de hijos, son tres factores íntimamente relacionados entre sí que explican una parte importante de la salud reproductiva y, de acuerdo a los datos, también se relacionan con el grado de satisfacción de las necesidades afectivas. Las mujeres del primer grupo (las que se sienten amadas), se caracterizan por un mayor nivel de escolaridad, una menor frecuencia en cuanto a la conyugalidad adolescente y un promedio menor de hijos. El grupo dos (las mujeres que no se sienten amadas), se caracteriza por un menor nivel de escolaridad, un porcentaje más alto de conyugalidad adolescente y una media de fecundidad más alta que la media nacional.

ENTREVISTA

TABLA No. 1

¿Qué hace cuando su pareja desea tener relaciones y usted no quiere?	Frecuencia de mujeres Grupo 1	Frecuencia de mujeres Grupo 2
Se lo digo y le explico	72	16
Le doy una excusa	12	9
Acepto	8	29

Significancia=.0000

TABLA No. 2

¿Cómo se siente?	Grupo 1 Frecuencia	Grupo 2 Frecuencia
Normal	65	19
Culpable	9	6
Triste	3	3
Mal	15	27

Significancia=.0001

TABLA No. 3

Cómo reacciona su pareja	Grupo 1 Frecuencia	Grupo 2 Frecuencia
Bien, comprensivo	58	7
Se enoja	3	37
Se enoja luego se le pasa	31	13

Significancia = .0000

TABLA No. 4

Se genera algún conflicto?	Grupo 1 Frecuencia	Grupo 2 Frecuencia
Sí, se enoja	12	21
Sí, me obliga	1	19
No	79	18

Significancia= .0000

Saberse amada realmente aparece como una condición de posibilidad para el manejo de los disensos, la capacidad de negociación y la resolución de los conflictos. El grupo 1 manifiesta una mayor capacidad de negociación, menor frecuencia de sentimientos negativos y menos conflictos ante la toma de decisiones. Por otra parte, la mayoría de las mujeres del segundo grupo optan por aceptar ante una situación de disenso, manifiestan más sentimientos negativos, refieren mayores conflictos ante la toma de decisiones de su vida sexual y mayores niveles de violencia tanto sexual como emocional.

TABLA No. 5

¿Ha sido forzada u obligada a tener relaciones sexuales cuando no quiere?	Grupo 1 Frecuencia	Grupo 2 Frecuencia
Sí	2	28
No	92	28

Significancia= .0000

TABLA No 6

¿Qué tan gratificante considera que es su vida sexual?	Grupo 1 Frecuencia	Grupo 2 Frecuencia
Muy gratificante	48	4
Buena	41	11
Regular	4	20
Mala	1	21

Significancia= .0000

Las mujeres del primer grupo presentan una historia no asociada con violencia y una vida sexual gratificante. Contrariamente, las mujeres del otro grupo viven una situación diferente: a la violencia ya presente en el desamor se suma la violencia física y sexual como parte de su historia personal. En términos generales, resulta muy alta la proporción de mujeres (50%) en este grupo que han sido objeto de violencia sexual lo que remite a una vinculación muy estrecha entre este hecho y las necesidades afectivas.

NECESIDADES AFECTIVAS

TABLA No. 7

SUBESCALA	NIVEL DE SIG. GRUPO	NIVEL DE SIG. No. de Hijos	NIVEL DE SIG. Interacciones
Importancia	.000	.04	.009
Comprensión	.000	.09	.034
Ternura	.000	.06	.013
Aspiraciones	.013	.89	.380
Aceptación	.000	.05	.080
Erótica	.000	.57	.005

De acuerdo con los datos, todas las dimensiones de las necesidades afectivas muestran diferencias altamente significativas entre los dos grupos, es decir, no se deben al azar, sin embargo, llama la atención la interacción de algunas subescalas con el número de hijos. En la subescala Importancia (que

evalúa el grado en que ella es importante para el compañero) las mujeres del grupo 1 con mayor número de hijos, son las que presentan los niveles más altos ($X=9.02$) en esta subescala, mientras que las mujeres del grupo 2 con mayor número de hijos, son las que muestran niveles más bajos ($X=3.66$) en cuanto a la importancia que tienen para su compañero, lo que significa que cuando las mujeres se sienten amadas, tener más hijos las hace sentir más importantes para su pareja, mientras que cuando no son amadas, tener muchos hijos actúa en sentido totalmente inverso; lo mismo ocurre en las subescalas Comprensión (Gpo. 1 $X=9.13$ y Gpo. 2 $X=3.49$), Ternura (Gpo. 1 $X=9.04$ y Gpo. 2 $X=3.41$) y el más pronunciado fue en Erótica (gpo. 1 $X=9.8$ y gpo. 2 $X=3.71$) donde al parecer tener muchos hijos es producto de la imposición y probablemente de la violencia sexual.

Los resultados correspondientes a cada ítem de la subescala Erótica aclara aun más el panorama esbozado anteriormente. Mientras las mujeres del primer grupo perciben en su pareja una fuente importante de gratificación en su vida erótica, las mujeres del segundo grupo reciben de su pareja pocas gratificaciones en su vida sexual. Con todo, llama la atención que la media más alta para los dos grupos se obtiene respecto a sentirse deseadas, lo que coincide con las apreciaciones de que las mujeres en general son consideradas objetos de deseo, aun cuando esta situación tiene distintos significados e implicaciones para las mujeres de los dos grupos.

Subescala: ASPIRACIONES

TABLA No. 8

Qué tan cariñoso te gustaría que fuera	Grupo 1	Grupo 2
Desearía que fuera menos cariñoso	3%	0
Así está bien	66%	15%
Desearía que fuera más cariñoso	30%	85%

TABLA No. 9

Cómo te gustaría que fuera respecto a la pasión?	Grupo 1	Grupo 2
Desearía menos pasión y efusividad	0	12%
Así está bien	71%	28%
Desearía más pasión y entrega	29%	59%

TABLA No. 10

En qué medida desearías que te amara	Grupo 1	Grupo 2
Desearía que no me amara	1%	12.3
Así está bien	63%	21%
Quisiera que me amara mucho más	35%	66%

Como en todos los otros datos, las mujeres del primer grupo muestran mayor satisfacción en su vida afectiva e incluso, un pequeño porcentaje desearía que fuera menos cariñoso, no así las mujeres del segundo grupo quienes evidentemente desean más cariño, pasión y amor, sin embargo, un porcentaje de ellas (12%) desearía menos pasión y efusividad, asimismo, desearían que las amara menos. Esta situación probablemente significa para ellas que la pasión y el "amor" pueden estar vinculadas al ejercicio de la violencia.

ANÁLISIS CUALITATIVO Y DISCUSIÓN

El cúmulo de datos presentado pareciera un recuento de lo obvio: las mujeres de mayor escolaridad, menor número de hijos y mayor edad al inicio de su vida conyugal son las mujeres que se consideran amadas, quienes a su vez presentan mayores posibilidades en la toma de decisiones, relaciones más paritarias y una vida sexual más plena y gratificante. En contraste, las mujeres de menor escolaridad, mayor número de hijos y menor edad al inicio de

su vida conyugal son las mujeres que viven situaciones de desamor cotidiano, quienes a su vez, presentan serias limitaciones en la toma de decisiones, sostienen relaciones marcadas por distintos tipos de violencia y muestran una enorme pobreza sexual y afectiva. Sin embargo, los procesos psicosociales suelen contener una enorme complejidad más allá de lo aparente. En primer lugar no queda claro si son las condiciones estructurales las que facilitan ser bien amadas, o si es la gratificación de las necesidades afectivas lo que prepara para enfrentar mejor las condiciones sociales que viven muchas mujeres por el hecho de serlo, además de que faltan elementos para comprender cómo se articulan las asimetrías sociales con los factores subjetivos de la relación amorosa, y cómo se construyen una gama diversa de posibilidades en las prácticas y formas de relación a partir de situaciones que podrían suponerse homogéneas. Con el propósito de acercarnos a ello, tratamos de abordar los diferentes factores presentes en uno y otro grupo de mujeres a fin de registrar las distintas fuerzas, movimientos y transformaciones presentes en la forma en que enfrentan y construyen su relación erótico-afectiva.

LAS MUJERES QUE VIVEN SITUACIONES DE DESAMOR

De acuerdo a los resultados del estudio, el desamor supone una condición de posibilidad que dificulta la toma de decisiones para el ejercicio pleno y gratificante de su sexualidad. Es decir, la toma de decisiones en el plano de la sexualidad no es sólo un proceso que se refiere a cómo se toma una decisión y qué se considera para llevarla a cabo (Figuroa, 1994), realmente el fenómeno es más complejo y la relación afectiva juega un importante papel, hecho que a su vez se encuentra atravesado por los factores estructurales y culturales del género, formas de apropiación de la identidad genérica, procesos de construcción del vínculo afectivo y las múltiples expresiones de ejercicio y manejo del poder al interior de la pareja.

En el plano estructural, el escaso poder social con que cuentan las mujeres en nuestra cultura, los patrones y normas asociados al ejercicio de la sexualidad aunado a los discursos del amor con que se socializa afectivamente a varones y mujeres, establece un terreno fértil para el establecimiento de relaciones asimétricas, especialmente en los sectores más vulnerables de la sociedad donde las identidades genéricas se articulan con otros ejes de desigualdad social.

Las comunidades o sectores donde los roles genéricos se encuentran rígidamente establecidos, donde las mujeres viven una mayor carencia en cuanto al acceso a los recursos, en especial en el plano económico y educativo, donde a su vez existen pocas opciones de aceptación y reconocimiento social más allá de la conyugalidad y la maternidad, las posibilidades de autonomía en cuanto a la toma de decisiones en el área de la sexualidad son muy limitadas. La conyugalidad temprana es casi un destino y se asocia, en este grupo de mujeres, primordialmente a tres factores: en primer lugar, el ejercicio desinformado de su actividad sexual que desemboca en embarazos no deseados con la consecuente carga de responsabilidades y limitaciones que eso supone, en segundo lugar, el establecimiento de la relación conyugal como una forma de escapar ante situaciones de maltrato familiar, y finalmente, la imposición de la conyugalidad a partir de la presión familiar o la violencia sexual. Una historia da cuenta de lo trágico que puede ser el inicio de una relación conyugal:

"Mi esposo me violó, yo estaba viviendo con mi abuelita y ella salió al molino, afuera estaban varios muchachos tomando, entonces cuando él vio que me quedé sola entró y me violó; yo no dije nada porque tenía miedo, no sabía ni qué hacer. Él me llevó a casa de su primo y al otro día fueron a hablar con mi abuelita y dijeron que nos queríamos casar, yo acepté porque no sabía qué hacer, estaba desorientada".

Este relato de una mujer de 46 años, quien vivió esta situación a los 14 y tuvo 11 hijos, muestra el inicio de una relación de violencia y desamor

cotidiano que duró 27 años y sólo terminó con la muerte (por enfermedad) del esposo. Las historias de inicio de relación de estas mujeres son variadas, si bien no todas empiezan mal, en la mayoría de los casos la edad representa una condición que agudiza la vulnerabilidad y facilita el ejercicio del poder sobre ellas, no sólo para las mujeres adolescentes sino también para aquellas situadas en el extremo opuesto, es decir, las que tenían más de 26 años (que juntas representan el 80%). Unas y otras enfatizan el carácter privilegiado de la pareja (él es el que "sabe", el que "manda" el que "controla") y la relevancia del matrimonio como núcleo de sus aspiraciones. Esta situación facilita asumir la relación de pareja en términos de una jerarquía natural e incuestionable; el consorte se presenta como un otro que de entrada posee un mayor status y por tanto, dispone de los recursos y derechos de todo aquello que le rodea incluyendo por supuesto el cuerpo de la mujer. La familia y todo el entorno que la rodea legitima este tipo de relación que dificulta el cuestionamiento de las imposiciones.

Lo que parece el hilo conductor en casi todos los casos es una suerte de desamparo material y afectivo que las coloca en una situación de indefensión donde la necesidad de afecto y aceptación es constante. Este desamparo generalmente se agudiza en el transcurso del tiempo y perpetúa una relación asimétrica que se expresa en una vivencia erótica donde se castiga o limita las posibilidades de negociación o el ejercicio de los disensos. La convivencia conyugal se asocia a distintos tipos de violencia como parte cotidiana de la relación y la violencia sexual llega a ser un recurso frecuente de control y dominio. Una mujer relata su experiencia:

"Él me metía el pene en la boca y como yo no quería me orinaba la cara y si no me dejaba me golpeaba, todo eso fue horrible porque yo sentía que me trataba como un animal"

Cómo negociar ante una situación así? Cómo disentir? Lo grave de esta situación es que el daño causado va más allá del hecho violento, se convierte

en un componente de la vida cotidiana que afecta de distinta manera todas las áreas de la vida de la mujer. La tensión y el conflicto son frecuentes y las condiciones de inseguridad que se generan explican en gran parte las formas de responder y las posibilidades que ellas perciben para modificarla. Muchas mujeres dijeron que aceptaban tener relaciones sexuales cuando no querían pensando en evitar males mayores. El temor al enojo, a la agresión física o sexual, así como el miedo a que "él se busque otra", son las razones de su asentimiento.

La relación de dominio, abierta o soterrada, es aceptada no sin cuestionamiento pero con una evidente claridad en sus limitaciones para enfrentarla. Por una parte, la violencia doméstica promueve la generación de una atmósfera de temor y angustia constantes que de acuerdo con Graham, Rawlings y Rimini (1988) se asemeja en mucho a lo vivido por personas secuestradas, en segundo lugar la frecuente dependencia económica las obliga a soportar condiciones muy difíciles porque no disponen de recursos propios, en tercer lugar la carencia de redes de apoyo que limiten el poder del consorte o les permita reivindicar sus derechos las aísla y vuelve más indefensas, y finalmente, la presencia de los hijos se convierte en un enorme contrapeso para terminar la relación, especialmente cuando son pequeños.

Al mismo tiempo, sus aspiraciones y deseos en el plano erótico es otro de los factores que juega en las formas de ejercicio y manejo del poder al interior de la pareja. Su cuerpo es frecuentemente un espacio de negociación (en las relaciones donde esto es posible) y la negativa a tener relaciones sexuales es el único recurso de que dispone en el proceso de ajuste de la relación. Aún así, este hecho puede volverse en su contra cuando lo que está de por medio son sus propias necesidades. Contra los mitos y las ideas estereotipadas de la sexualidad femenina en el que se asume el deseo sexual como algo "secundario" para las mujeres casadas, los resultados muestran que

ésta es una dimensión importante en sus aspiraciones, 59% de ellas mencionaron que desearían más pasión y entrega en su relación erótica. Precisamente, en una relación asimétrica éste es un factor que sus compañeros utilizan como agravio, una mujer afirma: "Casi siempre era yo la que quería y él no, él me decía que yo no merecía nada ¿y yo qué podía hacer?... nada". El rechazo y la indiferencia en el plano sexual es de tal manera doloroso que incluso algunas llegaron a decir (ante la pregunta de si alguna vez la habían forzado a tener relaciones sexuales) que ojalá lo hubieran hecho porque eso significaba que la deseaba. Para otras, su actividad sexual es más una obligación y prefieren que acabe pronto porque no encuentran ningún tipo de placer ("sólo se satisface él"). Para otras lo agradable es que él las abrazara o se acercara a ellas. Otras más dijeron que cuando él se esperaba un poco o había más juego erótico llegaba a ser agradable.

Ante este panorama, qué papel juega el amor? Por qué 66% de las mujeres manifiestan que desearían que las amaran más si el panorama es desolador? Asumen ellas la violencia como un componente de su relación afectiva? Realmente como afirmaba Norwood (1987) las mujeres que aman demasiado son "adictas" a los hombres y al dolor?

Lo que parecen señalar investigaciones al respecto es una articulación de distintos factores. En primer lugar, la violencia doméstica es un fenómeno cualitativamente distinto de otras formas de violencia, precisamente porque el que agrede forma parte de la vida afectiva y personal de aquella que lo sufre, por tanto el impacto se inscribe en el espacio de la intimidad (social y personalmente asumido), en el espacio compartido de la vida cotidiana. Por otra parte, el desamor es en sí mismo una forma de violencia, la indiferencia o el rechazo lastiman, causan daño y lesionan seriamente la autoimagen y autoestima, lo que genera una situación de vulnerabilidad emocional que entre mas consistente y más perenne, aumenta la posibilidad de generar procesos de

desbaratamiento personal que favorecen y refuerzan a su vez diversos tipos de violencia. Finalmente, la soledad y la carencia afectiva permite crear un clima propicio para construir expectativas de afecto y "seguridad" en una relación desigual, pues la necesidad emocional se traduce en una búsqueda compulsiva por obtener el amor que no recibe.

Sin embargo, esto no significa que la relación sea inmodificable o que las mujeres enfrenten pasivamente la violencia y el desamor. En realidad, la misma condición de opresión va a dar lugar a un cúmulo de resentimientos que se traducen en una serie de resistencias o contrapoderes donde el transcurso del tiempo puede operar a su favor y propiciar otro tipo de estrategias para enfrentar la relación. Factores como el crecimiento de los hijos, el envejecimiento de la pareja, su inserción en redes de apoyo o los propios procesos de maduración personal, pueden modificar la correlación de fuerzas al interior de la pareja y propiciar otras formas de negociación.

Estas situaciones tienden a decrementar la jerarquía de la pareja y facilitan el cuestionamiento de la relación de inequidad a la vez que propicia un proceso de "desencantamiento" en que el otro deja de ocupar un espacio en su vida. Las mujeres que habían finalizado una relación de desamor y algunas que incluso se encontraban en una segunda relación, mencionaron que un día dejó de dolerles la indiferencia y el rechazo, se dieron cuenta que él ya no era importante. En ocasiones subsistía el temor a la violencia física o sexual, pero entonces sentían más coraje o rabia que dolor.

Sin embargo, cuando no se modifican las condiciones o cuando son demasiado fuertes las normas y valores que sustentan una relación de esta naturaleza, es frecuente que las mujeres se enreden en un círculo vicioso del que difícilmente se vislumbran alternativas. Entonces, los estados depresivos, las enfermedades psicosomáticas y las alteraciones nerviosas suelen ser parte de su entorno cotidiano donde la salud sexual es una aspiración lejana.

LAS MUJERES QUE SE SIENTEN AMADAS

De acuerdo con los resultados, para las mujeres de este grupo sentirse amadas aparece como una condición de posibilidad que facilita la toma de decisiones para el ejercicio de una sexualidad sana y placentera. Vivir en un entorno afectivo les permite negociar en el plano de su sexualidad y enfrentar los disensos con bajo nivel de conflicto. No obstante, entre unas y otras existen empalmes, coincidencias, semejanzas pero también diferencias que reflejan las distintas condiciones y formas de relación construidas alrededor de las relaciones sociales que el orden genérico promueve.

En este grupo de mujeres también son frecuentes las uniones conyugales tempranas, la desinformación respecto a los métodos de regulación de la fertilidad y también encontramos mujeres con alta paridad. Con todo, estos hechos ocurren en un entorno cualitativamente distinto. Lo primero que resulta evidente es la ausencia casi absoluta de violencia física o sexual o de uniones conyugales impuestas, en segundo lugar, los hijos son deseados en la mayoría de los casos (aunque no siempre planeados) y producto de la aspiración común de la pareja, y en tercer lugar, existe un cierto acuerdo o consenso en los aspectos centrales de relación marital.

Pero las diferencias son, en algunos casos, más de grado que de fondo. Comparten con las mujeres del otro grupo los valores y normas culturales respecto a la identidad genérica, el amor y las formas de relación al interior de la pareja, especialmente en el terreno de la sexualidad. Así, pese a que la mayoría de ellas consideran su vida sexual como una experiencia agradable y satisfactoria, es frecuente que se refieran a ella como un deber conyugal, que mencionen no tener orgasmos o que "no terminan" y que acepten la relación sexual por temor a que su cónyuge "se busque otra". Pese a ello, se nota una diferencia respecto a la forma en que conciben la relación de pareja. En

primer lugar, no se evidencia una relación jerárquica tan marcada; si bien muchas de ellas aceptan como natural el orden jerárquico, otras ya plantean un serio cuestionamiento a las relaciones asimétricas. En segundo lugar, para algunas mujeres la relación ya no está planteada en términos de "hasta que la muerte nos separe" sino como un vínculo que vale la pena conservar mientras sea gratificante para ambos. El cónyuge tiene más el status de un compañero que puede estar presente o desaparecer en algún momento de su vida e incluso algunas llegaron a plantearse la posibilidad de ser madres solas desde antes de la relación conyugal.

En general, estos datos muestran que el sentirse amadas, pese a las contradicciones, sí representa una condición de posibilidad en la toma de decisiones en la salud sexual de las mujeres. Aun cuando pareciera un contrasentido que precisamente aquellas que se sienten amadas sean quienes tienen una imagen de su pareja como alguien de quien pudieran "prescindir", en realidad no es tal. La tesis de Eichenbaum y Orbach (1987) sostiene que la independencia y autonomía de todo ser humano se alcanza cuando han sido atendidas sus necesidades de amor y aceptación. Las mujeres que se sienten amadas saben que pueden tomar decisiones precisamente porque tienen la certidumbre de que cuentan con alguien que las ama y acepta. A su vez, la escolaridad representa otro factor que facilita este proceso de autonomía, no tanto por los contenidos formales que ofrecen las instituciones educativas, sino porque la escolaridad abre espacios de acceso a la información (tanto extracurriculares como informales), posibilita la integración de redes de apoyo y amplía los horizontes hacia proyectos de vida alternativos.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Si bien, se ha reconocido que las mujeres son la vanguardia del cambio que han abierto espacios sin precedente para su autonomía e independencia, la sexualidad, como plantea Weeks (1995), sigue siendo un campo de batalla en el que los significados del erotismo y del amor se siguen peleando. Más aún porque este es un espacio relacional y los varones también están iniciando la reflexión respecto a sus prácticas y expresiones amorosas con las mujeres. Con todo, existen resistencias al cambio, contradicciones y serias limitaciones para impulsar transformaciones de fondo.

La democratización en todos los niveles, dice Weeks (1995), crea los referentes para volver a pensar la ética y los valores de las relaciones personales, para pensar de nuevo sobre lo que queremos decir con términos como responsabilidad, aceptación y amor. Para pensar en la sexualidad femenina como un terreno que requiere redefinir los espacios de la relación amorosa como un encuentro sustentado en relaciones paritarias, un vínculo orientado hacia la autonomía e independencia en todos los órdenes.

BIBLIOGRAFÍA

- Amorós, Celia (1985) **Hacia una Crítica de la Razón Patriarcal** Barcelona: Ed. Anthropos.
- Eichenbaum, E. y Orbach, S. (1987) **¿Qué Quieren las Mujeres?** Madrid: Ed. Revolución.
- Figuroa, Juan Guillermo (1996) "Reflexiones sobre la presencia del varón en la toma de decisiones reproductivas" **Mecanograma** Colegio de México.
- Figuroa, Juan Guillermo (1994) "Derechos reproductivos y el espacio de las instituciones de salud, algunos apuntes sobre la experiencia mexicana" presentado en: **IV Coloquio de Investigación y Estudios de Género**, PUEG, Coordinación de Humanidades, UNAM.
- Graham, Deel; Rawlings, Edna y Rimini, Nelly (1988) "Survivors of Terror. Battered women, hostages and the Stockholm Syndrome" en: **Feminist perspectives on Wife Abuse**, Beverly Hills: SAGE Publications.
- Guevara Ruiseñor Elsa (1996) "Género y afectividad en las relaciones de pareja. Desarrollo y validación de una escala de satisfacción de necesidades afectivas" **Tesis de Maestría**, Facultad de Psicología, UNAM.
- Holland, et al (1991) "Pressure, Resistance and Empowerment: Young Women and Negotiation of Safer Sex" en: **Fifth Conference on The Social Aspect of Aids**, Londres.
- Lagarde, Marcela (1994) "Mito y deseo, normas y experiencias de las mujeres" en: Döring, M. Teresa **La Pareja** México: Fontamara.
- Segal, Lynn (1995) "Repensando la heterosexualidad: las mujeres con los hombres" en: **Debate Feminista** Año 6, Vol 11, 17-33.
- Seidler, Victor (1995) "Los hombres heterosexuales y su vida emocional" en: **Debate Feminista** Año 6, Vol 11, 78-111.
- Spitz René (1977) **El Primer Año de Vida del Niño** México: F.C.E.
- Weeks, Jeffrey (1995) "Valores sexuales en la era del SIDA" en: **Debate Feminista** Año 6, Vol 11, 157-182.